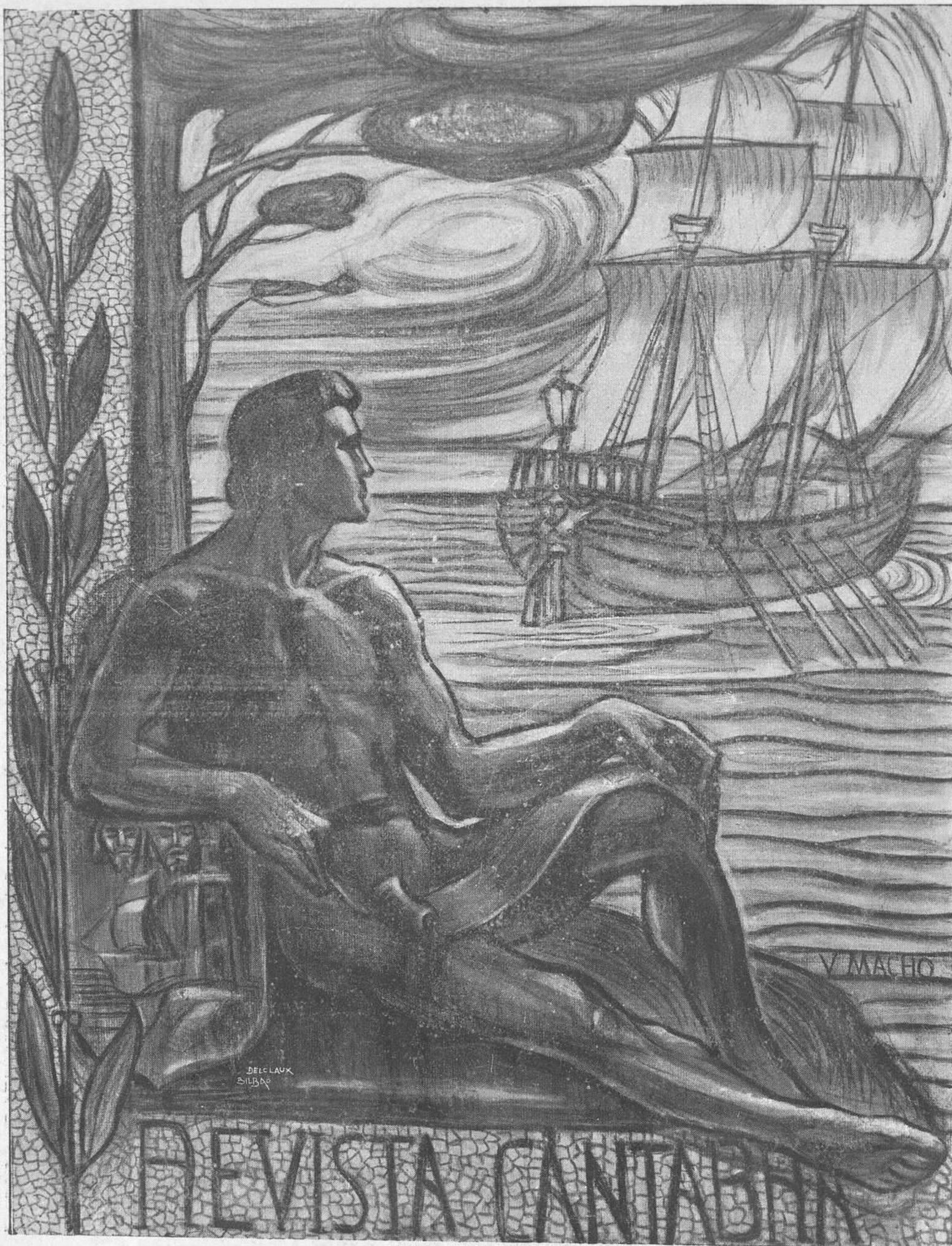


REPUBLICA ARGENTINA
CORREOS
BOGOTÁ
1911



EL AMOR DE CARNAVAL Y EL CARNAVAL DEL AMOR

Novela por FRANCISCO ARPIDE y JOSÉ MONTERO

Precio de este número: 20 céntimos

HIERROS Y ACEROS laminados en todas las formas y dimensiones
TUBERÍAS de todas clases.—MADERAS DE FRANCIA
ACEROS y herramientas especiales para MINAS
CHAPAS negras y galvanizadas, lisas y onduladas
Grandes existencias en los almacenes de
PEREDA Y LASTRA

Plazuela del Príncipe, número 1

SUCURSAL EN BÓO (ASTILLERO-GUARNIZO). TELÉFONO NÚMEROS 236 Y 1.513

ACADEMIA MINERVA

Colosía, 1.—SANTANDER

Bachillerato.—Comercio oficial y práctico.—Academias militares y de la Armada.—Ingenieros industriales.—Ayudantes de Obras públicas, Montes y Minas.—Topógrafos.—Estadística.—Aduanas.—Correos.—Telégrafos.—Tabacalera.—Banco de España, etc.

Este Centro de enseñanza cuenta con un numeroso personal docente con títulos académicos y profesionales.

Pídanse Reglamentos en la Secretaría

NOVELAS

DE

REVISTA CÁNTABRA

En el número correspondiente al día 25 de marzo aparecerá

CUENTO DE LEONES

novela escrita por ALBERTO L. ARGÜELLO.

Precio de este número: 20 céntimos

Año IV.—Número 163

Santander de 25 febrero de 1911

Revista



Cántabra

SUSCRIPCIÓN: En Santander 1,50 ptas. trimestre
En el resto de España 2 > >
En el extranjero 3 > >

Redacción y Administración: Santa Clara, 8 y 10, pral.
Toda la correspondencia al Director. No se devuelven los originales.

CONCERTADO EL IMPUESTO DEL TIMBRE SOBRE ANUNCIOS



Francisco Arpide y José Montero

EL AMOR DE CARNAVAL Y EL CARNAVAL DEL AMOR

Memorias de un hombre alegre

SÓLO hay dos cosas en el mundo humildes de veras: la violeta escondida entre la broza y los matorrales del monte, y la vida de un burgués sin pena ni gloria. Y acaso sea la vida del hombre vulgar, obscura, ignorada y prosaica, la más humilde de todas, porque á la flor silvestre siempre ha de llegarle el viajero distraído, ó el pastor descarriado, ó la moza enamorada, ó el juvenil zagal que, atraído por su color y aroma, se incline hasta ella para cogerla ó para mirarla, quizá para besarla y ofrecerla; mientras que los hombres vulgares, las vidas oscuras, pasan constantemente á nuestro lado, siempre junto á nosotros, sin conseguir despertarnos ni siquiera el interés de la florecilla. Los vemos sin mirarlos, sin detener sobre ellos nuestros ojos, de paso, al vuelo, sin ocurrírsenos, ni por casualidad, darles un bello y gentil destino como á la violeta.

Así es mi vida. También yo pertenezco á la gleba de los oscuros, de los humildes, en quienes nadie piensa ni repara, mostrando por ellos una indiferencia y olvido que más parece desprecio. No tengo ansias de gloria, ni siento ambiciones que me atormenten, ni sufro los dolores de un amor imposible, ni pinto, ni escribo, ni hablo con primor, ni toco la guitarra; no hay en mi persona una cualidad ni un rasgo que la haga sobresalir y destacar entre la vulgaridad de las otras; ni siquiera poseo una fortuna que me permita tener automóvil para poder llamar de algún modo la atención de las gentes.

Sombras y más sombras; y yo tan contento agazapado en mi concha.

Porque yo me encuentro en el mundo como la mosca en el vino, que para mí es mejor que como el pez en el agua. Satisfecho y

alegre, gozando de la vida como de un amor siempre virgen, en el que cada día descubrimos un nuevo encanto, no hay dolor alevoso ni deseo insaciable que consiga empañar la voz augusta que habla dentro de mí de una esperanza eterna. Mi dicha es la dicha de los desconocidos, de los resignados, de los que aceptan la vida tal como es, dulce y amarga, palpitante de sentimientos, de penas y alegrías. Nos basta el calor del hogar con la lucécilla de un cariño, y sentar al pequeño sobre nuestras rodillas y vislumbrar en sus ojos el misterio de un porvenir lejano, de una vida que empieza, de nuestra pobre vida que se renueva en el hijo.

Yo amo la vida por la vida, lo mismo que hay artistas que se sacrifican al arte por el arte. ¡Dulce y sabroso sacrificio, si es por amor! Con darme cuenta de que vivo, ya soy feliz. Me basta la conciencia de mi ser, percibir las pulsaciones de mi sangre, escuchar el aleteo de los propias ideas, embalsamarme en las emanaciones olorosas del sentimiento, para estar alegre, y reirme como un niño, sin hiel, sin amargura, y ahuyentar las lágrimas que á veces suben corriendo á mis ojos, y cantar un himno triunfal al regocijo de la vida. ¡Sentirse vivir! Esa es la única alegría que á la postre habrá para los hombres, la única buena, la única pura, la que no traerá tras de sí el dolor del remordimiento ni podrá ser condenada.

¡La conciencia del ser! Cuando veo alrededor mío el mundo inanimado, inconsciente, todo lo que existe sin saber que existe, lo que no tiene forma, ni color, ni aroma, ni sonido más que para nosotros, el ángel de la soberbia se levanta victorioso en mi alma, y se proclama señor universal, amo de todo, amo pa-

ra siempre. Nada envidia ni deseo. Todo me parece pequeño, ruin, deleznable, comparado con mi grandeza. ¿Qué me importa á mí que la luna y el sol se muevan eternamente si nunca han de saber que se movieron? Átomo perdido en la inmensidad del Universo, palpitante corpúsculo que vibra en el espacio, aún sigo yo teniéndome por rey de lo creado.

Esa es mi filosofía; una filosofía burguesa, pero muy compatible con mi obscuridad humilde.

Soy, pues, feliz al estilo burgués, como quien dice, en prosa. Cuido de mi hacienda; cultivo el trato de algunas antiguas amistades, restos del naufragio de mi juventud, el naufragio inevitable que todos sufrimos; paseo, en los días de sol, por algunos diminutos jardines con pardos y terrosos taludes, que los cortesanos plantaron para hacerse una idea de la belleza y soledad del campo; y cuando el ambiente y el trajín de la corte aumentan la flojera de mis nervios, voy á templarlos en la serenidad de la llanura castellana, y busco refugio en la casa que mis mayores levantaron á la húmeda sombra de un apacible sotillo, y gozo allí del amor á la tierra, á la tierra amiga, á la tierra hermana, sentado bajo el emparrado sarmentoso, mirando al cielo libre y bebiendo el vinillo que yo mismo vendimio de mis propios viñedos y en mi propio lagar. Nada de regocijos desbordantes; nada de sombrías tristezas. Placidez, mansedumbre, paz. Las pasiones están en mí bien refrenadas, y lo mismo que mis lebreles, haciéndome arrumacos, me lamen las manos, ellas me retozan blandamente en el pecho y me acarician el alma. Por eso toda mi ilusión está puesta en los años bisieptos: porque en ellos consigo ser dichoso un día más.

¡Un día más! ¿Quién es el hombre que puede decir: feliz hoy, feliz ayer, feliz toda la vida?

Aun en las personas que más íntimamente tratemos, en aquellas cuyos secretos recibamos, hay siempre un repliegue desconocido para nosotros, un pecado que no se nos confesó, una celdilla del corazón inexplorada.

También yo tengo mi tormento. Es un recuerdo que se aferró á mi cerebro como la garra de un monstruo, y que periódicamente

me atenaza y me desgarrá la carne. Una aventurilla insulsa; el trapicheo de una noche de juerga, un insustancial amorío de Carnaval, que ni debía haberme afectado. Y, sin embargo, apenas oigo los alegres compases de una estudiantina, ó leo el retumbante anuncio de un baile de máscaras, ó veo en los escaparates de las tiendas los antifaces de cartón y raso, cuando caen sobre mi espíritu estas sombras odiosas. Convencido estoy de que mi sufrimiento no tiene causa razonable, de que es una quimera la que así me tortura; pero por eso las sombras no se desvanecen. ¿Quién dice á la imaginación que no nos hiera cuando la loca cruel se empeña en herirnos?

Yo sé que ella es buena; yo sé que ella es santa; pero la herida vuelve á abrirse y yo siento la pulsación dolorosa de la sangre que mana. La realidad tiene á veces zarpazos de fiera, que si no son eternos, nos marcan á fuego el cuerpo para mientras viva.

Sin aquella aventura, sobre mi tumba se hubiera podido escribir algún día: «fué un hombre que no tuvo historia: vivió, y sólo con vivir ya fué feliz.»

I

Yo entré en la juventud agitado por las pasiones, como un bajel sobre aguas removidas por todos los vientos, para estrellarme contra mis devaneos y mis caprichos. La primavera de la vida me abrió sus puertas brindándome un encantado interior de palacio de ensueño, y los horizontes del mundo se me ofrecieron luminosos y radiantes, sin una nube que los empañase, como una tentación ante el hervor y la alegría de mis años mozos.

Llegaba al encantado palacio de la juventud después de pasar algunos años en las aulas. Aquellos días que resbalan sobre nosotros sin dejar huella, pero que más tarde, cuando la serenidad del juicio de los treinta años deja sentir su imperio, se levantan como sombras de nuestra vida y son un leve remordimiento de la amargura que empañó alguna vez el sosegado hogar de los benditos padres.

Había terminado mis estudios, tropezando en un aprobado para acostarme sobre un suspenso. Mi título de abogado, conseguido tras de una lucha que casi puso canas en mis ca-

bellos, me hizo cerrar los ojos al pasado para abrirlos ante el rosado porvenir, lleno de luz y de color. Más exacto andaría, si dijera que el porvenir en que pensaba era el presente, porque el presente era para mí toda la vida que tenía delante, con días de salud y de triunfo, pasados en el *bar*, en el café y en los círculos de camaradas y de amigos, en una charla frívola y chispeante; con noches de francachela y de jolgorio, que se iban rápidamente mientras yo me alegraba de haber nacido, ante la espuma del champagne, con las coplas gemidoras de alguna cantatriz de trío, con la última danza importada de París, bajo la caricia de unos ojos de mujer que me miraban entornados. Noches y días, que no tuvieron para mí dulces y apacibles mañanas, porque de ellas sólo veía los primeros rayos del amanecer que se extendían en amplia llamarada sobre la tierra mientras yo descansaba en mi alcoba, sobre mi lecho de célibe, á pierna suelta. Algunas veces, en la calle ó en el café, me encontraba á este amigo ó aquel compañero de Universidad y Licenciatura. Me decían que se estaban preparando para el doctorado ó que se pasaban el tiempo esperando turno para las oposiciones del Cuerpo Jurídico Militar, del Notariado, de la carrera diplomática ó algo tan grave como aquéllo, que no dejaba vivir en paz. Yo les aplaudía su buen juicio, los animaba á seguir en sus estudios y al despedirlos me quedaba lleno de admiración por aquellas locas aficiones al balduque y al protocolo, sin comprender porqué un hombre se pasa los días y las noches pensando en las relaciones del delito y la pena ó con el pensamiento fijo en los principios metafísicos del derecho.

—¡Cosas más absurdas!—decía yo.—¿A quien se le ocurre enredar los mejores años en esa faramalla de apuntes y de libros? ¡Estos chicos, son unos pobres diablos que no sienten la alegría del vivir!

Andaba el sol muy alto cuando yo abandonaba el lecho. Sentía gran fervor por la santa pereza, y entre el grato calor de las sábanas permanecía largo rato evocando el recuerdo de la noche pasada, de la última aventura de amor liviano y pasajero. Viendo desvanecerse el humo del cigarro, daba relieve en mi imaginación á las escenas vividas locamente entre el regocijo de un cantar y los

vapores del vino. Aún sentía dentro de mi cerebro el vibrante sonar de castañuelas y de copas, el rumor vaporoso de lentejuelas y de sedas que envolvían el cuerpo gallardo de la mujer en cuyo oído había yo dejado la última promesa de un amor no sentido. Y mis ropas y mis cabellos despedían una tibia oleada de afrodisiaco olor que llenaba la alcoba.

Sentía entonces el desfallecimiento de mis sentidos, algo así como una leve sombra que me envolvía como un remordimiento. Pensaba que era criminal consumir la vida en el trajín tumultuoso de una juventud sin freno, y mi voluntad siempre débil, se hacía más firme y más robusta. Sentimiento engañoso que quedaba olvidado al mediar la noche, haciendo buena la humorada del apacible poeta de las mujeres. En un cantar podía contarse la rueda de mi existencia...

Mi madre me visitaba casi todos los días en mi alcoba. Me pasaba la mano por la cara, acariciaba mis cabellos ordenando los rizos que colgaban lacios y revueltos sobre mi frente.

—¿Estás enfermo, Carlos?—preguntaba la santa mujer.

Yo contestaba secamente, huyendo los ojos de su mirada dulce y amorosa.

—No.

Ella seguía hablando, poniendo en sus palabras un tono que sonaba en mi conciencia como un reproche.

—Estás pálido... estás ojeroso... Anoche estuve despierta hasta muy tarde y no sentí cuándo volviste á casa... ¿Por qué no fuiste á darme un beso?

Asomaba á mis labios una disculpa y luego un beso, que hacían sonreír á mi madre amargamente. Pero ella me besaba también ahondando en mi alma el remordimiento por mis locuras. Algunas veces, al dejarme sólo, ví que se alejaba con los ojos arrasados de lágrimas.

Un día me sentí avergonzado de la presencia de mi madre. Al levantar la noble cabeza, coronada de canas, después de posar los labios en mi frente, sorprendí en ella un gesto que me dolió como una acusación. Yo la eché los brazos al cuello y la acaricié fuertemente.

Su voz sonó luego con desacostumbrada seriedad.

—¿Dónde has estado anoche? ¡Qué perfumado estás!—exclamó.

—No...—contesté con indiferencia.

—Me ví descubierto en toda la verdad de mi vida alocada. Levantéme con prisa, me vestí y busqué una postal que guardaba en la cartera. Era un retrato de Lolita la *Perchelera*, con su traje resplandeciente de lentejuelas, los ojos sombreados por las negras pestañas, con una flor sangrienta en la cabeza riza y una sonrisa picaresca en los rojos labios. Suyo era aquel perfume que llenaba mis ropas y mis cabellos, porque ella fué mi compañera de toda la noche, en muchas horas de alegría y de amor, con promesas y cantares y dorada espuma de manzanilla.

Contemplé un instante el retrato y lo rompí. Más vivo que nunca sentí en el alma la voz del remordimiento que me acusaba y me dolía como un fuerte arañazo. A mi memoria vino el recuerdo de otra mujer, levantándose pura, ingénua y enamorada, y mis labios pronunciaron sin querer su nombre con la veneración que pudieran poner en una oración aprendida de niño.

—¡Inés!...

Como si el fuego de sus ojos de novia olvidada y escarnecida, se clavase en mí, interrogando á mis locuras, renegué de mi juventud viciosa y carnal, y sentí un íntimo y amargo dolor, como si hubiera profanado un templo.

Advertí desde entonces que mis padres solían conversar en voz baja y cesaban en su palique cuando yo me acercaba. Yo, fingiendo distraerme en la contemplación de un cuadro, de un mueble ó de la calle, me alejaba entonando á media voz un cantar, y ellos me seguían con la mirada. Mi padre con la severidad de su carácter de acero; mi madre con la dulce luz de sus ojos dignos de un tierno madrigal.

Luchaba en mí la realidad de una vida de alegría y de triunfo, con un ansia de sosiego y de paz. La carne y el espíritu, se disponían á reñir sus batallas y estas solían acabar en una vana escaramuza. Por eso, alguna vez que evoqué la figura de Edgardo, enamorado de Lucía, al querer entonar sentimental y quejumbroso

Ah que tu piascatti l'alí
oh, bell alma enamorata...

me salía sin querer un tanguillo y me volvía á la calle cantando entre dientes, jaranero como unas castañuelas.

Tengo dos lunares:
el uno junto á la boca
y el otro donde tú sabes.

II

Cuando salí á la calle fuí desparramando poco á poco los pedacitos de la postal de Lolita la *Perchelera*. Aquí un trozo del brazo descubierto en incitante desnudez, allí un ojo que miraba con guiño sensual y malicioso, más allá la amorosa dedicatoria, llena de fuego y sobrada de haches, todo quedó perdido y olvidado, prenda de un cariño fácil convertido en juguete del viento de la tarde.

Andando, andando, con el pensamiento de la vergüenza pasada llenando mi cerebro, hacía firme propósito de enmienda. Se quedarían atrás, como un mar turbulento, las tardes de la Bombilla, democráticas juerguecitas con merienda y organillo; las entrevistas con viejas dueñas desvergonzadas, doctoras en todos los pecados y malas artes; las cenas en los reservados del Imperial, con esta *miss* ó aquella *demoiselle*; las franquichelas cuando el Romea se cerraba, ó después de la última de Apolo; las secretas reuniones aquí ó allí con esta cupletista ó la *chanteuse* de más allá y con los amigos y camaradas aficionados al amor, á los cantares y al vino. Todo lo apartaría de mí, y mi vida entraría como agua mansa por los cauces de la moral, del método y del orden. No haría más traiciones á la pobre Inés que había puesto en mi sus pensamientos y había plegado las alas de su corazón para posarlas en el mío siempre volandero á ras de tierra.

Sentía á veces en mi alma un anhelo de paz, de apacible sosiego, y alejado unos días de la mujer que me amaba, á ella volvía avergonzado, con un vacío que llenar en mi corazón, con el ansia de quien atormentado por la vida busca un dulce regazo para sus penas. Fiaba en su bondad, en su resignación de novia apasionada y en la grandeza de su alma que acaso miraba mis devaneos como los caprichos de un niño. ¡Dulce refugio para mis años de vicioso ó de loco!

¡Qué buena era Inés! Tenía la virtud de

esperar y sabía encontrarme en su camino. Clavado yo en la calle, frente á su casa, rondaba su reja, galán y arrepentido. Arañada mi conciencia por los remordimientos, me enrojecía la vergüenza de mis pecados, y al considerar á Inés bondadosa, compasiva y leal, me encadenaba á su amor con fuerza irresistible. De cristal eran para mí las paredes de su casa, y la veía allá dentro, resignada á amar esperando, fiel á las promesas que escuchó de unos labios que muchas veces cayeron sobre otros que no eran los suyos, y esperando la caricia de mis manos, pecadoras manos que llegaban á ella sin haberse purificado.

La veía también mirar hacia la calle, al través de los grises cristales de la ventana; acercarse con andar de paloma; fijar los ojos brevemente, como queriendo ver en la sombra, y alejarse después á esperar de nuevo, un poco triste, con la carita llena de una luz de crepúsculo, con esa belleza de las mujeres cuando miran pasar el tiempo á que viven fiadas y no pueden detenerlo en su carrera para no perder una esperanza que se va con él.

Entonces, cuando la veía alejarse, yo me acercaba y decía su nombre. Y ella volvía á mí para escuchar la confesión de mis culpas, que se aumentaban, por supuesto, con el pecado de la mentira.

La noche de aquel día en que tan grande pesadumbre sufrí, llegué á la reja de Inés lleno de remordimiento y amor. La amorosa mirada clavóse en la mía, sin que yo pudiera resistirla como otras veces. Me sentía más avergonzado que nunca, con más sonrojo que otros días después de unas horas de desenfrenado placer. Parecía sentir sobre mi frente la enorme culpa de un sacrílego.

—¡Ojos que te ven, hijo mío—exclamó la infeliz, con cierto dejo irónico y amargo.

Dolióme en el alma la exclamación y quise contestarle con la voz temblorosa de emoción y cariño.

—Tus ojos son mi vida—contesté. Y añadí:

—Y me verán un día llegar trémulo y amoroso para posarme junto á ti, como un pajarillo, y no volver á levantar el vuelo.

—Mentiroso está el tiempo—repuso ella. Luego, como arrepentida de la respuesta, siguió hablando:

—Y entre tanto, que espere Inés para que el señorito se divierta, libre y suelto, con amigos y... camaradas, ¿verdad?

Fruncía el ceño y arrugaba los labios en un graciosísimo mohín que la hacía más bella. No sabía enfadarse.

—¡Si gozo mucho! ¡Si me divierto mucho! ¡Si no me acuerdo de ti!

—Está á la vista...

—Está á la vista que á todas horas vas conmigo; que es tu recuerdo mi mejor compañero, y que no comprendo la vida sin ti. Perdón si he tardado, Inés... ¿Verdad que me perdonas?

—No.

—¿Por qué?

—Porque dicen que el amor no perdona.

—Eso es en las comedias, nena. En la vida perdona siempre el amor, porque el amor es compasión, es bondad y es ternura. Todo menos olvido.

—Pues yo no olvidaré...

—Eso, más tarde. Unos ojos como los tuyos no saben mirar airados; tu corazón no ha aprendido á guardar rencores. ¿Me perdonas? ¿Olvidarás?

—Por esta vez...

El moreno rostro de Inés, de un óvalo divino, brillaba bajo el cabello negrísimo y flotante. Un rizo resbalando sobre la frente, se agitaba movido por el aire sutil que entre los dos pasaba con lánguida caricia. Enlazadas las manos, gustaba yo el aroma de un amor puro que me ponía en los umbrales de una ventura desconocida, y el vacío de paz que sentía en el alma, se iba llenando poco á poco de una dulce quietud ignorada hasta entonces. Aquello era vivir en pleno ensueño.

Otro día me llamaron mis padres. Temblé con el temor de una reprensión grave, y comparecí como un reo.

Mi padre me miró severamente y pronunció breves palabras.

—Tu madre te hablará por los dos.

Y mi madre, cariñosa y discreta, me habló al alma, con acento que parecía de santa ó de doctora. Me habló por largo rato de Inés, de su amor, de mi juventud, de mi fortuna, de la vida frívola y agitada, del mundo materializado, pasional, impío... Y me habló de su ancianidad y del postrer deseo que sentía

por unos años de apacible dicha viendo crecer los nuevos árboles que la dieran sombra al morir... Querían inclinarme al matrimonio.

Comprendí las conversaciones en voz baja y pensé si mis padres tendrían razón. Dime á meditar muchos días sobre aquella grave cuestión de mis amores y el matrimonio, y confieso que llegué á preocuparme seriamente.

Cerca de Inés casi llegaba á sentir la nostalgia de la vida matrimonial. Su cariño hacíame pensar en un hogar tranquilo y dichoso, santificado por el amor y perfumado por el aroma de dos almas fundidas en una. Y por lo menos sentía despertarse mi voluntad y hacía ofrenda de una vida ordenada, sin jolgorio ni francachelas.

Con tan firme propósito me separaba de la mujer de mis amores. Pero el diablo me acechaba sin duda.

A lo mejor Paco, Federico ó Gabriel me tropezaban en el Círculo ó en la calle.

—¿No sabes, chico?

—¿Qué?

—*La Cachavera...* ¡Un primor! ¡Vaya unos ojos, y unos labios, y un garrotín original y castizo! ¿Vamos?

—No.

—Están Coral, Solita y Cloto, la de los ojos de color de uva.

—No.

—Mira... Esta noche...

¡Adiós el ritmo de mis horas de amor, tranquilas y apacibles! Capitulaba al fin.

III

—¿Y Miguel? ¿No ha venido Miguel?

—¿Dónde estará Miguel?

—¿No habéis visto á Miguel?

Tales preguntas corrían de boca en boca, en aquella «peña» del Círculo, formada por gente joven y alegre, que se llevaba con la vida como buenos amigos.

Llamábamos *La Clínica* al salón, en son de burla, porque burla-burlando entreteníamos el tiempo y nuestro buen humor hablando de todo lo que anda, corre, vuela y pasa y vuelve en este mundo, de tejas abajo. Una vivisección en toda regla, sin más propósito que matar las horas y servir á nuestra curiosidad y nuestros ocios.

Eramos seis los de la partida. Paco Luján,

poeta, soñador y romántico que tenía en preparación un drama histórico para romper moldes; Pompeyo Luna, pintor, nacido en Astorga y enamorado de París porque en Madrid no hallaba ambiente para su arte; Cecilio Reyes, arquitecto, que nunca trabajaba porque los días no tienen más de veinticuatro horas y no dan tiempo para nada; Antonio Méndez, un aficionado á Verlaine y al ajenjo; Miguel Pacheco, y yo.

Aquel Miguel Pacheco, alto, rubio, gentil como un Lohengrin, nos tenía embobados. Era el «amo» de la tertulia, é imponía su voluntad y sus caprichos, haciéndonos felices con la tiranía de su imperio. Un tirano que tenía mucho de fraternal. Al recordar su nombre después de muchos años, me siento llevado hacia él por el terror de esta breve y puntual historia.

Miguel era un hombre feliz. Como él mismo decía con gesto alegre y frase pintoresca, había encontrado una media naranja dulce como el almíbar. Victoria, su mujer, era bella, virtuosa y honesta, amiga del hogar y esclava del amor, discreta y bondadosa... Hermosa de cuerpo y de alma, parecían fundidos en ella una Venus y un ángel.

—¡Alas han de nacerle!—solía exclamar Miguel haciendo la ponderación de Victoria.—¡Ya han brotado los primeros cañones!...

Aquella tarde Miguel se retrasaba en su visita á *la Clínica*.

—¿Y Miguel?

—¿Cuándo vendrá Miguel?

Se abrió la puerta y apareció Miguel Pacheco. Venía con empaque marcial, de hombre satisfecho y feliz, saboreando un puro que despedía ténues volutas de humo azul. Fué recibido en triunfo, como un héroe vencedor y quimérico para cuyas hazañas no tuviera bastantes páginas la Historia.

—¿Dónde has estado, dichoso mortal?—preguntaba uno.

—¿Qué es de tu vida, caballero del cisne?—interrogaba otro.

—¿Derrotando á don Juan, eh?—apuntaba el tercero.

—¡Alto el fuego, señores!—gritó Miguel.—El caballero del cisne es un señor que no sabe de donde viene ni á donde va; don Juan tiene bien merecida su leyenda, y no he de

ser yo quien se meta en su cercado á disputarle un pedazo... Yo vengo de mi casa y estoy aquí, en *La Clínica*, con vosotros, que sospechais de los demás precisamente porque no sois unos santos padres.

El camarero asomó su redonda faz, encuadrada en patillas de picador de buena estampa.

—Cognac...—ordenó Miguel.

Luego añadió, para explicar su tardanza:

—He tomado el café en mi casa, al lado de mi Flérida, aromándolo con la dulce charla de sobremesa. ¿Qué sabeis vosotros de tales cosas?

—Estás perdido... perdido para la juventud y el amor—exclamó no se quién con tono heróico.

—Al contrario—contestó Miguel.—El amor me ha encontrado, ó he topado yo con él, si quereis, en esta hermosa vida de casado balanceada con un ritmo desconocido para vosotros. Amor sereno, manso y apacible, vida reposada y tranquila que tiene por un lujo y un extravío echar una cana al aire.

—¡Juventud, primavera de la vida! dijo el poeta.—Pero juventud libre, amplia, tumultuosa, con nuevas sensaciones y nuevos amores cada día.

—El buey, suelto...—gritó Cecilio Reyes, filosóficamente.

—Y el hombre, atado con las leves ligaduras del matrimonio—siguió Miguel. Y luego:

—Oye, Antonio... Tú que comprendes á Verlaine, sensible alma de artista ¿crees en algo más bello que un hogar santificado por el amor? En él hállase el hombre en su estado perfecto.

—¡Abajo las *caenas!*—gritó Paco Luján.

—En serio, señores... Os digo que, en verdad, no hallo vida mejor que la del matrimonio. Tú, Carlos, que tienes novia y estás enamorado, abandona tu vida de solterón, confiesa tus pecados juveniles, disponte á ser colega de este tu amigo y servidor... ¡Cásate!

Y lo decía enérgicamente, poniendo en sus palabras el fuego de un honrado convencimiento. Yo sonreía, asomando la desconfianza á los labios.

Miguel siguió hablando:

—Las dulzuras del hogar son un oasis en el desierto de la vida. Peregrinos del dolor,

caminamos á ciegas, sin rumbo cierto de un destino luminoso y feliz, donde espera la paz como una promesa. Una vez padecemos la sed de amar y sentimos el deseo de la sombra amiga, llena de misterios y rumores; pero seguimos caminando á ciegas sin ver la escondida fuente que nos brinda el límpido espejo de sus aguas, ni el árbol que nos ofrece el apacible cobijo de su follaje.

—Estáis filósofo, señor don Miguel—interrumpió alguno de la partida, zumbonamente.

Miguel calló un instante, y en seguida pegó la hebra de su discurso.

—Yo he bebido el agua de la fuente escondida. Encantada fontana que me ha dado una felicidad vista en sueños. ¡No sabéis, majaderos, de esta dicha inefable de dos almas que se encontraron en el mundo para fundirse en una sola! En el hogar tiene nuestro cariño otro cariño hermano que le abraza fraternal y amoroso; la idea que se concibe halla eco en otra idea que la recibe generosa; nuestra mirada y nuestra voz encuentran quien las reciba y quien las atienda, y en esta constante comunicación de dos almas se amasa el pan sabroso de la vida para el cuerpo y para el espíritu. ¡Entendedlo, si queréis! Si la vida del hombre no tuviera una recompensa desconocida, la paz del hogar y la ventura del matrimonio valdrían la pena de vivir.

Algunos de mis amigos sonreían maliciosamente mientras Miguel sermoneaba. Yo confieso que iba sintiendo nacer en mí algo extraño. Envidia, compasión, nostalgia de lo desconocido y de lo incierto... algo extraño... no sé...

Miguel siguió impasible.

—¿Sabéis, estúpidos, la felicidad inefable de un despertar ante los ojos de la mujer amada que vela á nuestro lado? El cielo se nos muestra en ellos y su luz es bastante á pagar todos nuestros dolores.

—¡Pido la palabra!—gritó Paco Luján.

—Óyeme todavía,—contestó el venturoso amigo, entusiasmado y conmovido.

—Una interrupción—apunté yo con sincera curiosidad. Y luego pregunté:

—¿Eres, por ventura, el hombre sin camisa? ¿Eres feliz?

Miguel afirmó recia y rotundamente:

—¡Lo soy! Victoria es mi ángel bueno; su hermosura me seduce; su bondad me enca-

dena á su hermosura con cadena de flores. Porque sé que me ama, cifro mi ambición en amarla, y ella me ha hecho creer que la vida tiene un rincón donde se vive como en un paraíso. ¡Cásate, Carlos, cástate!

—¡Pido la palabra!—gritó de nuevo Paco Luján.

—¡Se levanta la sesión!—exclamó el aficionado á Verlaine, aporreando la mesa.

Salimos á la calle, y á la puerta del Círculo nos separamos, luego de ensayar algunas bromas con la felicidad de Miguel Pacheco.

Era una tarde de sol espléndido. Paco Luján y yo echamos calle abajo, buscando la Carrera de San Jerónimo. Al volver una esquina, pasó frente á nosotros una bella mujer, luciendo un gallardo sombrero de blancas plumas.

Paco saludó á la hermosa cortésmente.

—¿No la conoces?—me preguntó—Es la mujer de Miguel Pacheco.

—¡Preciosa criatura! — exclamé. — Casi comprendo la felicidad de nuestro amigo.

Y volví la cabeza para mirar cómo se alejaba aquella buena hada que desaparecía con andar rítmico y suave.

IV

En cuanto los Carnavales anunciaban su aurora con algún baile *masqué* de lo más decentito y elegante, ya estábamos nosotros en pie de guerra, puestos en una campaña de preparativos y proyectos, capaz de hacer reventar de hastío á quien no tuviera veinticinco años y el delirio de fáciles aventuras que á nosotros nos devoraba. Fáciles las llamo ya ahora, en el plácido ocaso de mi juventud; que en aquellos fogosos tiempos verdes, llenos de pasión y arrebató, descubrir el lugar donde una buena moza solía sentar sus reales, tenía para nosotros la misma importancia que para Magallanes el descubrimiento del estrecho.

Con unos cuantos días de antelación se puntualizaba el sitio en que debíamos reunirnos, el restaurant para el festín preliminar, siempre el más concurrido y ruidoso para abrir boca; los bailes más *castizos* que se habían de recorrer cada noche, si alguna contingencia grave no lo impedía, y, por lo que pudiera tronar, se pensaba también en un blando refugio para las turbulentas horas de

la madrugada. Luego era el echarse á buscar arbitrios para reponer las vituallas de nuestros bolsillos, flácidos y desmedrados, que habían de aguantar el peso de la fiesta. Todo esto se discutía entre sorbo y sorbo de cognac, acompañados de risotadas y manotazos y de alguna insinuante protesta de Miguel, contestada siempre con una sonrisa de bondadosa compasión, de la infinita misericordia que nos abrasaba el alma. En la tertulia de *La Clínica* ya no se volvía á hablar de otra cosa. Era nuestra idea constante, una idea adherida á nuestro cerebro, cristalizada en él; una delirante obsesión que nos enardecía y llenaba de profético gozo, como si nuestra juventud fuese á morir el martes por la noche, ó fuésemos á rendirla toda en una loca ofrenda á la alegría y al amor.

Luego he visto que en la sociedad, sólo esperan con ansia estas fiestas de estrépito y desenfreno, las gentes que no tienen el valor de sus inclinaciones; las que no se atreven á descubrir su natural alegre y para divertirse esperan á taparse la cara y á que el mundo les diga: Ahora, gózalas todas juntas; que para rabiarse te ha de sobrar luego tiempo.

El carnaval de aquel año llegó, según es uso y costumbre que lleguen todos, aunque á mí me pareciera que traía nuevos colores en su traje de Arlequín y un brillo más intenso en sus ojos de ágata. Amaneció el domingo con el mismo arte exquisito que había amanecido la víspera; pero yo creía observar más luz en el cielo, más calor en aquel ambiente soleado, mejores y más humanos rostros en la tierra. El mundo era el mismo que antes, pero á mí me parecía que el mundo entero se había transformado.

El regocijo represado en las almas se desbordó al aire libre, inundándolo todo de una vida artificial y nerviosa. Sonó el rasgueo valiente de las guitarras; dejaron oír las bandurrias su estridente punteo; vibraron suspirantes los violones, y trepidaron en una estruendosa y confusa amalgama el jubiloso cascabeleo de las panderetas y el agudo silbido de las flautas y el estampido seco de tambores y zambombas; abandonaron las gentes sus viviendas y se desparramaron por calles y plazas en arrollador tropel, en jadeante tumulto; atronaron los aires las voces

chillonas de las máscaras, el parloteo de la muchedumbre y las notas roncadas, aguardentosas de las comparsas; se esparció por el ambiente el espeso vaho de la respiración y el sudor de la carne; y rodó la villa envuelta en una oleada de borrachera y voluptuosidad, arrebatada, furiosa como bestia en celo, como si se hubiera derramado sobre ella el vino afrodisíaco de una inmensa soñolera.

Llegó la noche á proteger con su manto el desenfreno de los hombres, poniendo de su parte el sensual incentivo de las sombras. El helado rocío que caía del cielo era un excitante más al llegar á la tierra.

Paco Luján, Pompeyo Luna y yo nos presentamos en el baile con toda la marcialidad de tres conquistadores, aunque tuvimos que empezar por humillar la frente al recibir en el rostro la primera bocanada del aire interior. Un encrespado mar de colores se agitaba en el espacioso recinto, estrellándose y deshaciéndose en una cascada de tonalidades y matices. Allí se veían toda clase de disfraces, para todos los gustos: el mundo de la realidad y de la imaginación que á ratos saltaba y á ratos rebullía en una danza rítmica, ondulante como una serpiente de bruñidas escamas. La luz parecía caer en forma de lluvia, vista al través del empañado cristal de aquella atmósfera. Allí, más que en ningún otro sitio, se respiraban los efluvios mareantes de la carne. Quien al entrar en uno de estos bailes no se encuentre vencido por el poder de la tentación, quien no sienta mareado el cerebro y magnetizados los nervios, será un joven de madera, tallado en palo santo.

Con la sangre hirviente de nuestra juventud pecadora, nos lanzamos nosotros en medio de aquel remolino humano, que en su primera acometida nos dispersó por la sala. Sin explicarme cómo, me encontré de repente al lado de una hermosa encubierta, alta, arrogante, con el valiente perfil de una matrona del Renacimiento; atisbaba la concurrencia en la actitud de una reina desde su trono. Me incliné reverente y le hablé con manso tono al oído:

—Mascarita, ¿estás triste?

Ella volvió sorprendida la cabeza, y echando sobre mi persona toda la luz que brillaba en sus ojos, me respondió dulcemente:

—¡Por Dios! ¿Triste aquí? Sería ridículo venir á un baile á estar triste.

—Verdad es. Nadie viene aquí á eso. Venimos todos á divertirnos mucho, ¿no es así? Pero ¿quién te asegura que todos encuentran la diversión que pensaron?

—Eso sí que es ponerse sentimental y llorón.

—Ya se ve que tú no me conoces. Precisamente soy un hombre para quien el mundo no existe fuera del vino y las mujeres bonitas; ya ves si soy alegre.

—¡Qué lástima que no sean las mujeres primero que el vino—exclamó sonriendo.

—Y antes que todo—me apresuré á añadir con calor vehemente.—¡Si sólo con estar á la vera de una linda mujer ya es un hombre feliz! Por eso he venido á este sitio; para adorarte y consolar tu tristeza. Mi alegría es muy expansiva y altruísta.

—¡Ay! tiempo perdido; porque esta noche estoy yo muy contenta para necesitar consuelos. Cuando me encontraste, buscaba entre la gente á una persona.

—Una persona esperada con deseo y que no acaba de llegar.

—Que acaso ha llegado ya.

Y sus ojos ardientes, rutilantes como dos estrellas, volvieron á posar su caricia sobre mis ojos.

Yo me encontraba en un especial estado de aturdimiento y exaltación, ante aquella extraordinaria y halagadora aventura que me salía al paso. A decir verdad, y la verdad ha de resplandecer en estas íntimas confesiones de mi alma, yo no me tuve nunca por un don Juan, conquistador de doncellas y novicias; sino por un vulgar libertino de baja estofa, que se conforma con los tristes residuos de la maldad, que otros, más afortunados ó más perdidos llevaron á término, con los sucios despojos de una flor ya tronchada y arrasada en el polvo.

Tembloroso, anhelante, invité á bailar á la desconocida, y los dos nos lanzamos á la locura incitante del vals, con nuestros cuerpos unidos en leve y acariciador contacto. Ella se movía con ritmo lánguido y majestuoso como una diosa, abandonándose en mis brazos y clavándome siempre el centelleo de sus ojos, aquellos ojos terribles, de-

moniacos, que á mi me daban la idea de querer absorberme.

Durante el baile, apenas cambiamos algunas palabras de amor. Nos cansamos pronto y subimos al palco, sentándonos los dos en el encantado recato de la penumbra. Poco á poco nuestra conversación fué haciéndose más íntima, adquiriendo más calor y vehemencia á medida que el ambiente cargado de vapores nos iba emponzoñando los sentidos. Herido yo en lo más vivo de mi fibra amorosa, mis labios temblaron para hablar.

—¡Qué feliz junto á tí! A tu lado estaría yo siempre.

—Siempre no puede ser. ¿Por qué lo dices si tú también lo sabes? La costumbre de que todos los caprichos sean eternos. ¿verdad?

—Es que eternamente quisiera yo mirarte.

—Hablar de la eternidad, es empezar á pensar en la separación. No te acuerdes ahora de eso. Una hora, un instante, el instante de amor y de dicha. Eso lo es todo para el que es feliz.

—Este instante en que yo te adoro.

Y acercándose á mí, me dijo con voz desfallecida; rumorosa y suave como las alas de un ángel:

—A veces una noche de amor, vale toda una vida de sufrimientos.

—Una noche, esta noche—exclamé yo exaltado.—Mujer divina, déjame ver tu cara para no morirme.

Hervía en aquel instante mi sangre. Mi cerebro era fuego, y fuego mis entrañas, y lumbré devastadora mi corazón atormentado y sediento.

Ella tuvo un mohín de refinada coquetería, bajó hasta la barbilla el antifaz de seda y adoptando una actitud de gentileza felina, me preguntó sonriendo:

—¿Así?

Arrebatado, loco, poniendo todo el impulso de mi juventud en aquel momento, la oprimí las sienes y la besé en los labios con pasión furiosa.

Cuando ya nos hubimos separado, exclamó con acento angustioso:

—¡Suéltame!

Mirándola y remirándola con deleite, aquella cara no me pareció desconocida. Era fina y ovalada, de una piel cuyo color resultaba entonces indefinible por la sofocación de la

careta; labios rojos, sanguíneos como un clavel andaluz y reseco en aquel instante; nariz cincelada, nariz perfecta; pelo negro y suavísimo como el de las gatas, y bajo la nieve de la frente, aquellas dos ascuas vivas de los ojos que al mirar abrasaban. De pronto vino á mi memoria una luz instantánea, que á mí me pareció un relámpago; un escalofrío de muerte me corrió por el cuerpo; me zumbaron las sienes con violencia; sentí miedo, terror, pavora.

La divina mujer que me brindaba el placer en mis ojos, la máscara gentil que me tenía encantado, era Victoria, la esposa de Miguel, el ángel de su hogar.

Tuve un arranque valeroso, y le ofrecí mi brazo.

—¿Vamos?

—Vamos—contestó resuelta.

Atravesamos los corredores á toda prisa, abriéndonos camino á fuerza de manotazos y empellones. El brazo en que se apoyaba Victoria se agitaba trémulo. Ella creía que de amor. Yo sabía que era de miedo de vergüenza y de rabia.

V

Al través de los cristales del coche, se veían las luces de los faroles cabrillar en una danza extraña, funambulesca. Pasaban por las aceras grupos de máscaras, hablándose á gritos y riendo con estrépito; mujeres disfrazadas del brazo de unos hombres desgarrados, borrachos todos, saliéndoles la lujuria á borbotones por los labios y los ojos. Gritos de pendencia, carcajadas estúpidas, coplas soeces en que la desvergüenza cantaba toda el hambre feroz de sus instintos, era la música de aquella saturnal celebrada á la luz de la luna.

Victoria, sentada con desmayo, reclinaba su escultural cabeza sobre mi hombro. La mata de su pelo me acariciaba la cara, y sentía en todo mi cuerpo la palpación pujante de su carne amorosa.

Con acento débil, como en un suspiro prolongado, me pregunto sin moverse:

—¿Por qué te callas? Háblame como me hablabas antes, y dime que vas á ser feliz, que no hay felicidad como la del capricho volandero de una noche. Dueño mío, háblame de tu amor.

—Te estaba adorando en silencio, con el alma de rodillas—contesté amargamente.

Me encontraba en aquel momento en un estado de indecisión, de angustia dolorosa, que temí hiciera saltar en trizas el hilillo tenue de mi juicio. Por un lado, el deseo de poseer aquel divino cuerpo, lleno de vida y de encantos, que me atosigaba y rendía. Por otro lado, la figura ultrajada del amigo alzabase imponente dentro de mí, pálida, agonizante, con un puñal clavado por la espalda y asomando el acero por la herida sangrienta del noble pecho.

El carruaje rodó durante algunos minutos y embocó la calle donde vivía Victoria. Ella, al advertirlo, se alzó instantáneamente con agitada incertidumbre.

—¿A dónde me llevas?—me preguntó azorada.

El impulso bueno, el arranque generoso que antes me habló en el teatro volvió a llenarme torrencial las venas, y se sobrepuso en mi corazón como un dios á todas las otras pasiones.

—¡Victoria!—contesté—¿A dónde he de llevarte? A tu casa, á acercarte á Miguel, que no merece una traición como esta.

Tembló aquella mujer como si hubiese recibido una mortal sacudida; se apartó de mi lado dando un salto de fiera acorralada, y echando hacia atrás la cabeza me dijo con acerada ironía:

—¡Bonita lección de virtud has venido á darme! Manda parar.

Se detuvo el carruaje. Victoria se lanzó á la portezuela, y con el pie ya en el estribo, me asetó una mirada en la que me deseaba la muerte.

—Te odio, te aborrezco—rugió contrayendo la boca.—¡Cobarde! ¿Qué te habías creído? Soy yo quien te desprecia á tí.

Y volviendo á cerrar con un rabioso golpe, desapareció apresuradamente en las sombras.

Yo quedé anonadado en el fondo del coche, que continuó rodando calle arriba.

VI

Días después de Carnaval, estábamos nuevamente en nuestro rincón de *La Clínica* el grupo de leales amigos. Sólo faltaba Miguel Pacheco.

Hablábamos de la «alegría del vivir» y de las locas aventuras pasadas, y eran víctimas de la charla, novios, padres y enamorados. Nuestro juvenil desenfado mordía sin cesar. Era insaciable.

Estaba yo como en una sonnolencia que me llenaba el cerebro de vapor ó de humo. En un fondo caótico danzaban extrañas figuras que se desvanecían brevemente para después tomar relieve, siempre informes, borrosas y grotescas. Figuras eran de Carnaval que se reían unas veces con una mueca cruel, que lloraban luego con falso dolor, que dibujaban en el aire ridículas cabriolas de enanos fantásticos y sonaban los cascabeles vibradores con un ruido infernal que ensordecía. Confusión de colores, risas, notas y lamentos, todo ello me daba impulsos de ponerme en fuga, de salir huyendo de aquella farsa demoniaca que atormentaba mis sentidos. Más de una vez creí que mis amigos me miraban, sorprendiendo en mi rostro la mueca fría y despiadada de Arlequín.

Alguien preguntó por Miguel. Al escuchar el nombre de mi amigo, sentí en mi pecho un helado dolor, como si me hubieran clavado la hoja de un puñal. El pequeño mundo que yo llevaba en el cerebro, se agitó fuertemente y entre la mortal gritería me pareció oír una carcajada burlona. La carcajada que en la sombra pudiera lanzar un personaje mefistofélico.

—Miguel—contó Paco Luján—el bendito amorador de las delicias del hogar, estará descansando de su aventura. Ha tenido, como cada cual, su leyenda, en estos días en que el mundo ríe con la cara tapada.

—¿Una aventura?—preguntó Pompeyo.

—Una aventura—siguió el otro.—Abandonó por una noche el casto nido para hacer una escapada á nuestro ideal. Fué... por ahora, la postrer salida del caballero de la orden de San Marcos por los campos de la verdadera vida. Le encontré haciendo de don Juan en el baile de la Comedia... Un capuchón rosa le tenía cautivo y unas copas de champan le habían puesto á medios pelos.

—¿Y qué más?—preguntó otro de los camaradas.

—Adivinadlo, si podeis—contestó Paco. Yo solo estuve junto á él un momento. Lo bastante para ponerse á salvo de mi indis-

creción. Le había dicho á su mujer que los amigos le obligaban á pasar la noche fuera de casa. El gran hipócrita se había lamentado ante ella de nuestra amistad... Y ella le animaba á no quedar mal... Hay que guardar las formas... Las endiabladas amistades. ¡Nada, que la engañó miserablemente! Sí que es una infeliz Victoria.

Ruidosas carcajadas celebraron la aventura de Miguel.

—¡Mira Miguel!

—Miguelito ¿eh?

—¡Parece ermita, y es catedral!

Yo permanecí silencioso, esbozando en los labios una leve sonrisa y sintiendo en el pecho, muy adentro, el frío de la hoja de un puñal. En mi cerebro seguía danzando grotescamente el Carnaval de la vida, dirigido por el personaje de la carcajada, cornicorto, rabudo, ataviado con un lujoso capotillo grana. Mefistófeles en persona.

Ya iba á marcharme, cuando Miguel apareció. Todos le saludaron ruidosamente, como si volviera de librar singular batalla.

Paco Luján le apostrofó con un gesto de fingida amenaza.

—¡Tiemble el infiel esposo!

—¡Calla...!—gritó Miguel.

Tenía miedo á que su aventura hallase en la tertulia del café un escandaloso pregón.

—Fué una escapada—dijo—á la loca alegría del mundo, que pesa sobre mi corazón como una losa de plomo. Una aventurilla estudiantil, algo pícara, que se cruzó en mi camino para hacerme caer. Hoy llevo su recuerdo como una cruz sobre los hombros. Fué una cosa vulgar, que no merece ser contada; y, sin embargo, tengo miedo de ella, como si Hurtado de Mendoza fuera á venir al mundo á recogerla para unirla á las audacias y truhanerías de los traviesos estudiantes de Alcalá. Es el dolor que hay abierto en mi pecho como castigo á la traición pasada. Me pesa... ¡Pobre Victoria!

—¡Hipócrita!—le dijeron á un tiempo varios de la tertulia.

—No. Os digo, en verdad, que estoy tocado del arrepentimiento. Siento impulsos de humillarme á los pies de Victoria é implorar su perdón al acusarme de mi falta; pero me resisto á darle penas porque sé la bondad de su corazón. No quiero ver sus ojos arrasa-

dos de lágrimas, aunque su llanto sería el agua divina de un Jordán que purificase mi alma y me curase de mis culpas. Fuí un infame... Abusé de su ingenuidad poniendo en mis labios la mentira, olvidé algunas horas su cariño cambiándolo por un amor liviano y fácil, y mancillé su nombre y el mío con una traición carnavalesca dejándome arrastrar por el deseo. Pero olvidemos, amigos, olvidemos, que en el olvido está la paz de toda la vida, esa bendita paz que yo quise perder en un momento.

—Vives en pleno drama, Miguel; hablas en trágico.

—Olvidemos, amigos, olvidemos...

La conversación se fué por otros caminos á cuyo fin estaba siempre el Carnaval. Entre copa y copa, fueron contándose aventuras distintas que eran una sola aventura. Sólo cambiaban el lugar y el traje. Todo lo demás, idéntico.

Yo salí á la calle abrumado, sintiendo en el alma un profundo desprecio hacia todo lo que bullía á mi alrededor. En mi cabeza se agitaba el extraño Carnaval furiosamente, como una tempestad de gritos, carcajadas y ruidos infernales. Veía á Victoria envuelta en el lujoso disfraz, cubierto el rostro con la careta de seda, ofrecerse á la tentación como una miserable pecadora, y parecía que poco á poco me alejaba del mundo buscando otro donde no hubieran polichinelas ni cascabeles. Era aquello que saltaba en mi cerebro como un teatro guignol donde las figuras se moviesen por medio de hilos invisibles.

En todas partes veía muñecos que danzaban grotescamente, hombres y mujeres deformes como enanos de un cuento trágico y medroso. Pierrots sin alma... Colombines sin corazón.

VII

La aventura de Carnaval había dejado en mi espíritu una huella de fuego, un rastro de sangre.

Rodaban continuamente por mi memoria todos los recuerdos de aquella noche: la luz esplendente de la sala, la multitud de colores, los chispeantes ojos de Victoria, y, sobre todo ello una voz odiosa que me llamaba cobarde. Aquella palabra era la que más en lo vivo me llagaba. Cobarde ¿por qué? Por

que no quise aceptar aquél amorío canalla, ni manchar mi cuerpo con un infame tizne, ni gustar el envenenado placer de la traición y el delito.

¡Qué cursi, que ridículo debía de aparecer ahora ante Victoria! Yo, que iba al baile á entusiasmarme con cualquier aventurilla de bajo vuelo, repudiaba aquel mármol rosado de su carne que se echaba en mis brazos. Y veía yo al ángel del hogar rodar de los altares donde le puso mi amigo, y rompiéndose las alas en mil pedazos hundir el rostro en el pestilente cieno de una charca.

Por la tertulia de *La Clínica* no volví á asomar el pelo en muchos días. A Luna, que encontré una tarde en uno de mis paseos solitarios, le di excusas de mi ausencia que no sé si él aceptaría como buenas. Empecé á sentir aborrecimiento y repugnancia por aquella vida frívola que á cada instante nos brindaba con la copa del placer sádico y perverso. Reconocí que aún existía en mí un fondo de bondad, algunas vetas del filón del bien, que peligraban en los azares de la juventud borrascosa. Comprendí que de ella era muy difícil salir sin dejar en sus manos algún pedazo de nuestro corazón ó de nuestra dignidad.

Con Inés troné á la noche siguiente de la aventura con la firme decisión de no volver á verla. Fué una entrevista más fría que la helada de la noche. Yo no hice otra cosa más que mirarla fijamente, como los inquisidores debían de mirar á los reos, y responder con monosílabos á la lluvia de preguntas y frases con que ella procuraba avivar nuestra apagada conversación. Al fin, viendo que yo no me animaba, me preguntó muy melosa:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa Carlos? A ti te sucede algo grave. ¿Porqué no me cuentas tu pena? Dímelas, si la tienes, para sufrir los dos juntos.

—¡Falsa! ¡Qué bien cumples tu misión de engañar á los hombres!

Esta frase no llegó á salir de mis labios; pero se me anudó en la garganta y estuvo largo tiempo retozándose en la sangre y pugnando por brotar con todo el mortal veneno que la había engendrado.

Por fin cambié aquel sarcasmo por otras palabras crueles que disimularan en algo mi despecho.

—Tuya es la culpa de que yo esté sufriendo.

—¿Qué tengo yo la culpa? Por la Virgen santísima, dímelos ya. Yo no recuerdo de nada que pudiera ofenderte, ni molestarte, siquiera. Si para mí es sagrado hasta el aire que tú respiras.

—Tú me engañas, Inés—grité fuera de mí, con la ferocidad de una bestia.

—¡Dios mío! Me das miedo esta noche—repuso la pobre niña temblando como un recental.—Nunca te vic eloso. Verdad que tampoco yo te había dado motivo. Mi pensamiento, mi alma, mi vida entera ha sido para tí. Ya lo sabes.

—Palabras, bellas palabras. Luego todo es mentira. La traición está dentro.

—Eso es que buscas un pretexto para dejarme. Te has cansado de mí, ya lo veo.—Y la pobre Inesilla rompió á llorar.

—Mira. Si quieres darme una escena de ternura—dije con crueldad refinada—me voy á donde sepan distraerme un poco. Hasta otro día, Inés.

—¡Carlos! ¡Carlos! ¡No te vayas así!

Cerré los oídos al llamamiento quejumbroso, y me alejé de la ventana sin volver la cabeza, satisfecho de haber escarnecido la pureza virginal de aquel amor.

Al otro día no volví, ni al siguiente, ni al otro. El recuerdo de Victoria, agitándose doloroso muy dentro de mi espíritu, me hacía ver á todas las mujeres como ella. Todas falsas, seductoras del hombre sólo por deshonrarle capaces de entregarse á un capricho liviano, aunque tras de él viniese la muerte y el infierno para el amor legítimo. Sentí por la mujer todo el horror de los Padres del Yermo, y el bárbaro desprecio de un escéptico.

Hasta en sus cimientos se conmovió mi vida con la ilusión tronchada por el vendabal de las pasiones, vistas en su desnudo desenfreno.

Amigo antes del bullicio y de la francachelas, andaba buscando la soledad y el retiro con el ansia que se busca el único consuelo para nuestro dolor. En el apartamiento encontraba mi alma el insuperable goce de la contemplación de su ruina, complaciéndose en la verdad de la experiencia adquirida.

Los desvelos y cuidados de mis padres, que llegaron á temblar por mí, no consiguie-

ron cicatrizar la herida. Sólo el tiempo, arrojando las sombras del olvido sobre mi desengaño, fué restableciendo lentamente la normalidad de mi ser trastrocada. Fué perdiendo mi persona su aspecto huraño; abandoné poco á poco el apartamiento en que me recluí y recreaba, y volví á la vida y la amé más que antes; pero gustándola mejor, con la calma que un catador experimentado paladea un vino añejo.

Un día volví á ver á Inés, y me recibió con el júbilo de nuestras primeras entrevistas.

—¿Me perdonas?—la pregunté con arrepentimiento verdadero.

—¡Carlos! ¡Pues no he de perdonarte, si te estaba esperando!

Entonces hice una completa abdicación de mi espíritu y le entregué en sus brazos exclamando:

—No volveré á ofenderte, vida mía. Seré como tú quieras. Esclavo tuyo, esclavo siempre.

Un beso de mi madre, me había hecho creer en la virtud de todas las mujeres.

Han pasado muchos años. Mi mujer buena, mi mujer santa, aquella dulce Inés de la

reja, me ha llevado de su mano por el camino de la dicha. El amor de madre no ha disminuido en ella el cariño de esposa, sino más bien lo ha engrandecido y acendrado.

Cuando corren y ríen por la casa, suele coger ella á uno de los pequeños y presentármelo como una ofrenda.—Son como tú—me dice.—Tu corazón, tus ojos. Mira esta bendición. Porque tanto se parecen á ti, los quiere más su madre.

El cielo de mi dicha no se vería empañado por una nube, si estas alborotadas fiestas del Carnaval no viniesen á perturbar mi calma. En estos días vuelve el recuerdo á mí, y vuelve á abrirse la herida, que sangra de nuevo. Es la tortura de la incertidumbre, de un miedo criminal que se aferra en la imaginación, que no deja de apretarme ni se aleja.

Ando triste, apartado, con la mirada severa clavada en mi esposa, como si quisiera arrancar de su frente el horrible secreto que me mate. En la obscuridad de la alcoba, estrecho con fuerza, casi con furia, su cuerpo entre mis brazos, temiendo que me deje para siempre. Mi mano crispada recorre detenidamente su rostro y un frío glacial, agónico invade mi cuerpo. ¡Tormento del infierno! ¡Me parece que toco una careta!

Francisco Orpide

José Montero

NOTAS SUELTAS

Varios apreciables suscriptores á nuestra REVISTA, y algunos que lo son también al "Hogar y la Moda", nos han escrito quejándose de la incompleta recepción de los números correspondientes á distintas fechas de ambas publicaciones. Nosotros, que vivimos del público y al público debemos la prosperidad y continuo éxito de nuestra REVISTA, somos los primeros en lamentar los descuidos.

Los lisonjeros éxitos obtenidos por REVISTA CÁNTABRA en cuantos números lleva publicados en el año actual, y el haberse agotado, casi totalmente, la mayor parte de sus considerables ediciones, nos impiden hacer un ofrecimiento terminante de suministro inmediato de los números no recibidos por nuestros suscriptores.

Sin embargo, en nuestro deseo de dejar complacidos á todos prometemos atender absolutamente todas cuantas quejas se nos dirijan, suministrando, gratuitamente á nuestros suscriptores, los números de REVISTA CÁNTABRA y el "Hogar y la Moda" correspondientes á las ediciones publicadas en el año actual, que hayan dejado de recibir.

Quizá esto nos prive de guardar las 8 ó 10 colecciones que archivamos, pero al público nos debemos, y justo es que le sirvamos puesto que de él vivimos.

Así, pues, suplicamos á cuantos de nuestros suscriptores no hayan recibido algún número de la REVISTA CÁNTABRA ó el "Hogar y la Moda" correspondiente á los publicados en el presente año, se sirvan notificárnoslo, enviando nota á nuestra redacción, Santa Clara, 8 y 10, primero, nuevo domicilio que tenemos mucho gusto en ofrecer á todos.

En la presente semana falleció el respetable señor don Máximo de Solano Vial, prestigioso notario de esta ciudad.

Enviamos la sincera manifestación de nuestro pésame á la distinguida familia del finado y de modo especial á su

hijo nuestro querido amigo y colaborador el notable y laureado escritor don Ramón de Solano y Polanco.

El nuevo director del Instituto don Víctor Fernández Llera nos ha comunicado en atento besalamano que se ha posesionado de su cargo.

Agradecemos su saludo y sus ofrecimientos, á los que correspondemos con igual interés.

Numerosos amigos, compañeros y admiradores del señor Fernández Llera le obsequiaron hace días con un banquete en el acreditado Restaurant Cantábrico, para celebrar su elección para el cargo de Director del Instituto.

Al banquete asistieron 61 comensales.

Al final hicieron uso de la palabra, entre otros, los señores Pardo, Basañez, Alonso Cortés, Llabrés, Vignoll y San Martín y se leyeron unos versos del señor Estraña y una carta del señor Agüero.

El señor Menéndez Pelayo (don E.) pronunció también breves frases y dió lectura de un telegrama de su hermano el insigne autor de «La Ciencia Española», adhiriéndose al homenaje tributado al señor Fernández Llera.

El festejado agradeció las muestras de afecto que se le dieron durante la fiesta, que resultó animadísima y simpática.

Con un atento besalamano del Presidente del Círculo Mercantil, don Aníbal Colongues, hemos recibido un talonario con 25 bonos de pan, con encargo de repartirlos entre los pobres.

Agradecemos al señor Colongues el envío y cumpliremos gustosos el encargo.

Ha dado á luz con toda felicidad una preciosa niña, la distinguida señora doña Carmen Corcho, esposa de nuestro estimado amigo el doctor don Pablo Pereda Elordí.

Al recibir las aguas bautismales, la niña recibió el poético nombre de María Luisa, siendo padrinos en la ceremonia don Leandro Corcho y doña Consuelo Avendaño

Por la respetable señora doña Laureana Barreda ha sido pedida la mano de la bella, y discreta señorita Paquita Ortiz Velarde, hija del estimado caballero don Modesto Ortiz, para el excelente y distinguido joven don Jesús Barreda.

El médico de la Compañía Trasatlántica don Antonio Barribaro, que recientemente ha sido ascendido á médico de primera categoría, ha sido destinado á prestar sus servicios en el vapor «Reina María Cristina», que salió de este puerto el día 20,

Hemos recibido un ejemplar del elegante volumen que ha publicado nuestro estimado amigo el joven músico don Luis del Castillo Cámos.

El volumen contiene cuatro composiciones para piano, de las que es autor, y por las cuales ha recibido muchas felicitaciones.

Las composiciones van precedidas de una carta-prólogo de don Emilio Cortiguera y de las opiniones de varias eminencias musicales sobre el señor Castillo, entre ellas las de los maestros Bretón y Espino.

Agradecemos la atención al señor Castillo Cámos.

El señor Pérez del Molino (don M.) ha hecho donación de una preciosa colección de mariposas al Instituto general y técnico de Santander.

El regalo es de verdadero valor y de gran utilidad para la enseñanza.

Ha regresado de París el reputado artista fotógrafo, nuestro estimado amigo don Severiano Quintana, dueño de la acreditada fotografía Samot

Ha salido para Madrid el reputado médico montañés don Antonio Sánchez Peña.

Anuncio en el interior de los tranvías eléctricos.— Más de TRES MILLONES de viajeros leen estos anuncios durante un año.

Anunciadora OPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

Todo negocio es bueno si se anuncia mucho.

Imprenta de J. Martínez.—San Francisco, 15.—Santander

CORCHO HIJOS SANTANDER

MAQUINARIA, CALDERERÍA, FUNDICIÓN, BOMBAS.—REPARACIÓN DE BUQUES.—COCINAS, BAÑERAS Y LAVABOS.—PRESUPUESTOS Y CATÁLOGOS GRATIS.

Salón Exposición en Madrid: Calle de Recoletos, 5

LA APARECIDA

FÁBRICA DE GALLETAS Y ROSQUILLAS

DE

JULIO OBESO GARCIA

PUENTE, 16

REINOSA

Galletas especiales para chocolate, té y café. Selectas rosquillas de Reinosa. Envíos y muestras á todas partes. Descuentos según los pedidos.

GRAN SASTRERÍA

DE

JULIÁN SÁNCHEZ

Se recomienda por su esmerada confección y sus precios sin competencia.

Lealtad, 2, principal.—SANTANDER

ALFREDO RIVERO

SOMBRERERÍA

Gran surtido en los artículos del ramo

Plaza de la Constitución, 4

DESPACHO DE CARNES

HIJOS DE J. ARPIDE

Abastecedores de la Compañía Trasatlántica

Mercado de la Esperanza, 21.

EL FIEL CONTRASTE

CORTABITARTE Y QUEVEDO

Gran almacén de ultramarinos y ferretería

Despacho: San José, 25, Astillero (Santander)

AZULEJOS — CEMENTOS PORTLAND — CAL HIDRÁULICA
Y OTROS MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

JOAQUIN MADRAZO Y C. ^A Frente á la estación de los
Ferrocarriles de la Costa

Teléfonos números 61 y 73

RESTAURANT "EL CÁNTABRICO"

DE
Pedro Gómez Hernández

Hernán Cortés, 9. — SANTANDER

— Es el mejor de la población. — Comida francesa y española. — Servicio á la carta y por cubiertos. — Servicio especial para bodas y banquetes dentro y fuera de la ciudad y á precios muy económicos. — Hay habitaciones para los señores viajeros.

LIBRERÍA MODERNA

DE

MARIANO ALVIRA

Amós de Escalante, número 10
SANTANDER

Surtido de obras españolas y extranjeras. Centro de suscripciones á todos los periódicos y revistas. Tarjetas postales de fantasía y vistas de Santander y toda su región.

Servicio de encargos con rapidez

Corsé "ENF" Patente (brevet) n.º 47171



Unico corsé estético que, reuniendo todas las condiciones higiénicas, sostiene el abdomen sin comprimir los órganos del aparato respiratorio.

Es el más elegante y perfeccionado. — Unico representante en Santander: Santos Capa — San Francisco, 3.

❁ FARMACIA DE LA ALAMEDA ❁

A. LOREDA MAZO

* Aguas minerales. * Productos químicos. * Especialidades farmacéuticas nacionales y extranjeras. * Ortopedia, etc., etc. * * * * *

Alameda 1.ª, 6 y 8. — SANTANDER

Ramírez y J. Oruña

(SUCESORES DE J. CORREA)

Primera casa en objetos de arte para regalos. — Camisería de lujo, guantes, géneros de punto. — Perfumería, abanicos, paraguas, bastones, corbatas, impermeables. — Completo surtido en artículos de piel y viaje de la más alta novedad. — Casa exclusiva para la venta del tan acreditado Aceite vegetal mexicano para volver el pelo á su primitivo color, y la maravillosa crema de almendras americana para el rostro, las manos, el cutis y la tez.

San Francisco, 11. - Teléfono 158. - SANTANDER

CAFÉ RESTAURANT DEL "ÁNCORA"

HIJOS DE VICENTE GUTIÉRREZ

Muelle, número 5. — SANTANDER

Casa de primer orden. — Servicio á la carta y por cubiertos. — Especialidad para bodas y banquetes con servicio especial. — Gran terraza en los meses estivales. — Conciertos por reputados artistas. — Helados. — Teléfono número 181.

MALA REAL INGLESA

SERVICIO MENSUAL  DE VAPORES

Próximas salidas de Santander

PARA MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

saldrá de Santander el día 21 de febrero el magnífico vapor

POTARO

admitiendo carga y pasajeros de primera y segunda clase

Precio en tercera clase, 220 pesetas

El servicio corre á cargo de un escogido personal español de camareros y cocineros, con órdenes de atender esmeradamente al pasaje.

Para toda clase de informes dirigirse en Santander á Luis Maruri, Muelle, 31 quien los facilitará gratuitamente.

LA ECONÓMICA

FÁBRICA DE HARINAS Y PAN

Molnedo, número 9

Venta de cebada, maíz y demás cereales y subproductos de la molinería

— GRAN FÁBRICA —

DE

CHOCOLATES DE AGUIRRE



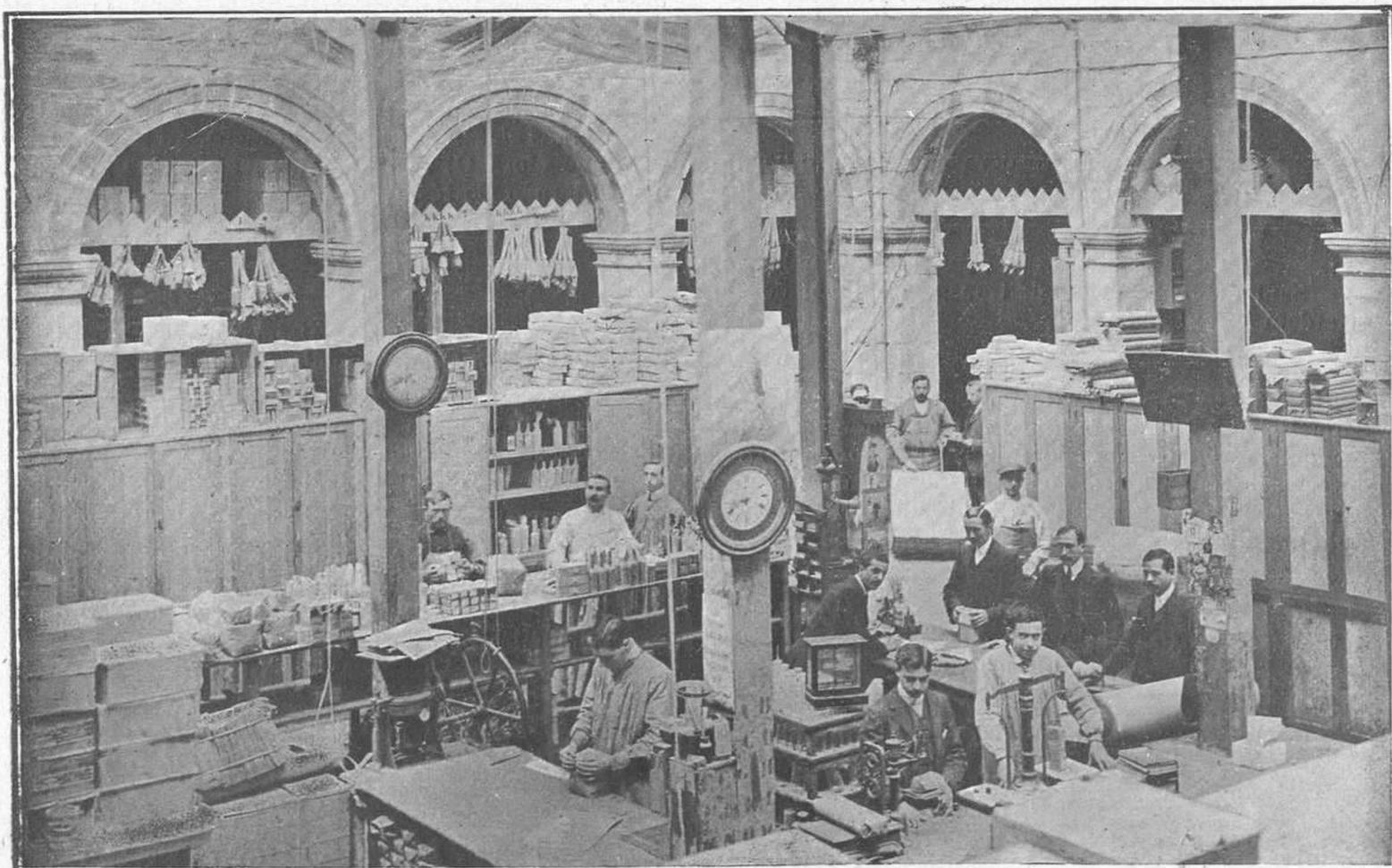
Depósito: Artecalle, número 50.—BILBAO

COLEGIO "SAN ANTONIO"

Colosía, 1.—SANTANDER

Primera enseñanza graduada.—Preparación para el Magisterio.—Clases especiales para señoritas.—Clases de adorno, Francés, Dibujo, Pintura, Música.

Director: DON GREGORIO GONZÁLEZ, Maestro Superior



PEREZ DEL MOLINO Y COMPAÑÍA.—Droguería y Perfumería

EXPORTACIÓN Á TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA

Ladislao del Barrio

Méndez Núñez, núm. 20

** SANTANDER **

EL REY DE LOS
CEMENTOS

CEMENTO PORTLAND, EXTRA ÁGUILA

EL REY DE LOS
CEMENTOS

CAL HIDRÁULICA SUPERIOR DE ZUMAYA * INODOROS * BAÑERAS
YESOS * ESTUFAS * AZULEJOS * BALDOSAS * PRODUCTOS REFRACTARIOS

Méndez Núñez, 20. — SANTANDER

Manuel Arce Palacios.—Almacén de garbanzos, alubias de Herrera de varias clases, arroces, lentejas y demás legumbres.—Pimentón molido y frutas secas.—Plaza de la Libertad, 2, Arcos de Botín.

Reigadas, Sánchez y Comp.^a—Ribera, 7 y 8, Santander.—Ferretería, quincalla y herramientas de todas clases para artes y oficios.

Monte de Piedad de Alfonso XIII y Caja de Ahorros de Santander.—Prado de Tantín.—Préstamos sobre alhajas, ropas, valores, créditos, hipotecas y sueldos.—Horas de oficina: de 9 á 1 y de 3 á 7.

Hotel Restaurant El Antiguo.—Calle de Bidebarrieta, Bilbao.—Menú á 5 pesetas, con vino ordinario, sopa, aperitivos surtidos, cuatro platos, repostería, postre surtido.—Un plato menos, 4 pesetas.—Se eligen los platos de la nutrida y variada carta diaria.—Confortables habitaciones desde 3 pesetas.—Hospedaje desde 10 pesetas.

La Zapita.—Lechería, proveedora del Sanatorio de Mardrazo,—Martillo, 2.

Compañía Santanderina de Navegación.—Muelle, 30.—Santander.—Servicio de transporte de ganados de Rotterdam á Santander.

El Nuevo Altillo.—Gran restaurant y casa de viajeros de Pablo é Isaac Benito.—Grandes reformas en los comedores; servicio esmerado, á la carta y por cubiertos; habitaciones confortables; cocina francesa y española.—Precios económicos.—Puente, 18 (al lado de la Librería Católica), Santander.

Despacho de carnes.—Restituto Pardo.—Plaza Nueva, número 65.—Se sirve á domicilio.

Andrés Galarreta.—Taller de Encuadernación y libros rayados de comercio.—Plaza de la Aduana, esquina á la del Príncipe.

Ferretería.—Herramientas para toda clase de Artes, Minas y Agricultura.—Utensilios de casa y mesa.—Ubierna y Fernández.—San Francisco, 14.—Santander.

La Compañía de Maderas.—Muelle de Maliaño.—Santander, Bilbao, Madrid.—Importación de maderas de pino del Norte de América y Francia.—Talleres de sierra mecánica y construcción de cajas para envases.—Jambas, molduras y virutilla de madera para empaquetar.

Motores, Dinamos, Transformadores.—Calefacción de edificios por vapor á baja presión.—Talleres: Mardrazo y M. Guitián (S. en C.)—Santa Clara, 11.—Teléfono número 216.

Anuncio en azulejo esmaltado.—El más llamativo. El más elegante. El más duradero. El más perfecto.—Anunciadora ÓPTIMA.—Manuel Herrera y Compañía.—Hernán Cortés, 1.

MÉDICOS

Especialista en partos y enfermedades de la mujer.—Dr. Herrera Oria.—Muelle, 7 y 8, 2.º

Especialista en las enfermedades de la garganta, nariz y oídos.—Dr. Santiuste Buega.—Wad-Ras, 5, 1.º

PROCURADOR

Emilio López Bisbal.—Abogado, Procurador de los Tribunales.—Wad-Ras, 3, 2.º

DESPACHO DE CARNES

DE

FERNANDO SANTOS

Plaza del Este, núm. 67

Se sirve á domicilio á quien lo solicite

DESPACHO DE CARNES

DE

MANUEL FERNÁNDEZ

Plaza del Este, números 15 y 16

Especialidad en carne de vaca y ternera.
Se sirve á domicilio.

DESTILERIA Y BODEGAS "SANTA MARINA"
PROPIETARIO
BALDOMERO UDAÑA. — Udalla (Santander)

PEDID EN TODAS PARTES

ANÍS UDALLA * ES EL MÁS RICO É HIGIÉNICO
DE LOS CONOCIDOS

PARA DETALLES

JULIO PALACIOS = «LA MAR» = SANTANDER

PEDID
La Perra Gorda



CREMA POPULAR
PARA CALZADO Y CUEROS
SOCIÉTÉ DES CHAUSSES FRANÇAISES SANTANDER

Caja: 10 céntimos

VIUDA DE EGUÍA

CASA FUNDADA EL AÑO 1844

Confitería y repostería. — Elaboración especial de chocolates. — Gran fábrica de velas de cera. — Ceras puras procedentes de Egipto y Andalucía.

Fábrica: Plaza de la Esperanza, 5

Despacho: Calle de Atarazanas, 13

SANTANDER

*Enfermos del estómago é intestinos,
tomad siempre el*

AGUA DE

HOZNAYO

LA MEJOR

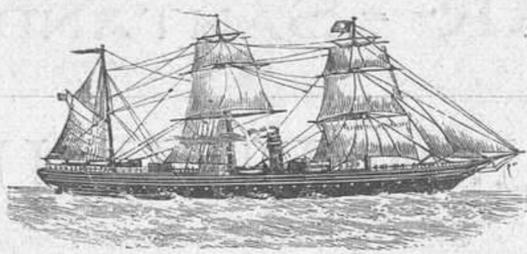
AGUA DE MESA

GRAN SALON DE PELUQUERÍA

Boulevard de Pereda, 16.—SANTANDER

AL LADO DE LA CONFITERÍA GADITANA

SERVICIO ESMERADO



VAPORES CORREOS
DE LA
COMPañÍA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA

Servicio mensual regular el día 20 de cada mes

ENTRE
SANTANDER, HABANA Y VERACRUZ

PARA INFORMES
Hijos de Angel Pérez y Comp.^a
Muelle, 36.—SANTANDER

CHOCOLATES
"LA MONTAÑESA"

ASTILLERO (SANTANDER)

Despacho en Santander: Muelle, 7 y 8
Thés y cafés superiores, Bom bones, Napolitanas

PEDID EN TODAS PARTES

LOS EXQUISITOS VINOS DEL

Marqués del Mérito

Especialidad en Jerez y Cognacs

PIANOS ERARD * * * * *

* * * * * **LOS MEJORES DEL MUNDO**

Representación y depósito exclusivo en España

* * **CASA DOTESIO** * *

Wad Ras, 7 (Plaza de Pombo) **SANTANDER**

* * * * * Música de todas las ediciones. * * Instrumentos
para bandas y orquestas. * * Pianos de las mejores mar-
cas. * * Armoniums para capillas. * * * * *